

JESÚS LUGO:

EL HUMOR NEGRO DEL VIRTUOSO

Fernando Gálvez de Aguinaga *



* Crítico de arte. Director del Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca.
Fotografía de la obra de Jesús Lugo: Francisco Kochen

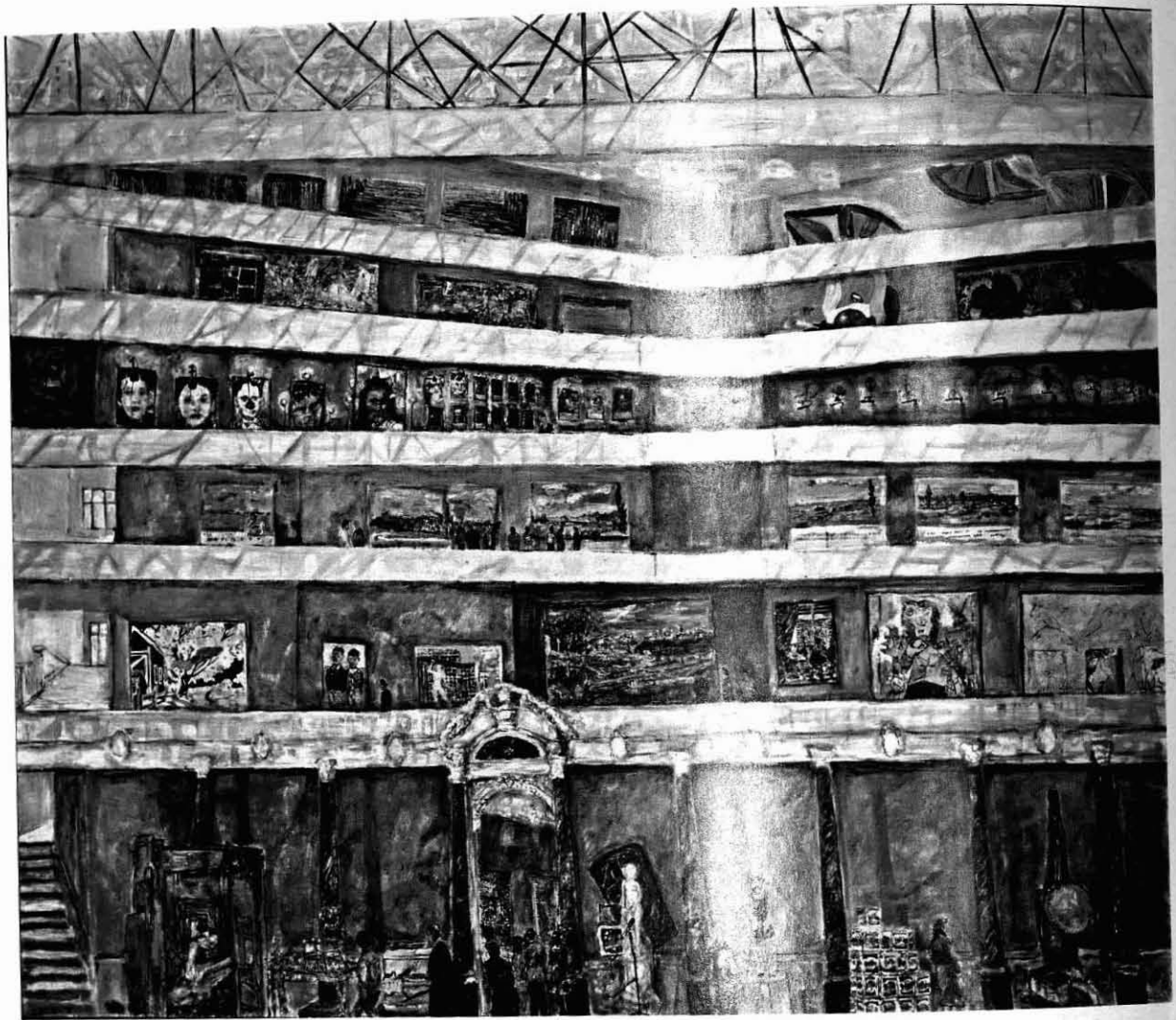
Las pinceladas de Jesús Lugo pocas veces se exhiben en trazos amplios, él trabaja en un ritmo constante pero contenido, fervoroso pero constructivo, cada movimiento del pincel genera un bloque pictórico, un ladrillo para sus edificaciones y urbes fantásticas, para sus atmósferas vibrantes. Autocrítico hasta la saciedad, Lugo, al terminar un cuadro ha pintado en el mismo lienzo tres, cuatro, cinco composiciones que se han ido superponiendo la una sobre la otra hasta concretar la obra final: ese universo de ideas, referentes visuales, ironías y soluciones pictóricas que nos apabullan por su barroquismo, por su monumentalidad conseguida desde la dimensión más bien modesta de sus telas. Estamos ante un virtuoso y a la vez ante una inteligencia artística que rara vez se manifiesta en nuestro tiempo mexicano. Sus obras, además de sorprendernos por su maestría técnica o por sus complejas composiciones y su desbordante imaginación, están sumergidas en una complicada red de reflexiones que apelan a las contradicciones para sostener su tensión dramática y su lucidez expresiva. Pongamos por ejemplo un cuadro como *El triunfo de la escuela de París I*, obra de un humor negro implacable y delirante, en la cual la historia belicista de occidente es trasladada también al ámbito de lo cultural, con sus grupúsculos facciosos que se ostentan como poseedores de la verdad absoluta; el cuadro es casi la culminación de una serie de trabajos en torno al quehacer pictórico, la vida y las ideas de Manet, quien aparece en la composición frente a su caballete, a punto de ser fusilado por el batallón que él mismo pintó en su trabajo alusivo al fusilamiento del emperador Maximiliano de Habsburgo. Pero la batalla que se ha escenificado en el cuadro, ha derivado en una masacre de iconos que nos refieren a diversos cuadros de la historia del arte europeo, y aunque divisamos capitanes triunfantes, lo cierto es que quienes van ganando la batalla y están destruyendo las estructuras de madera de lo que al parecer fue un fuerte, son los personajes de caricatura voladores, los "Patos Lucas" que desde el aire lanzan bombas y misiles sobre todo lo que se mueva y que sin lugar a dudas representan a la triunfante cultura chatarra del imperio estadounidense y que sustituyó hegemónicamente a la cultura francesa de la pintura y las ferias universales. A menudo se ha dicho que el polo del arte se trasladó a partir de la Segunda Guerra Mundial, de París a Nueva York, pero lo que Lugo sugiere es más preciso: la cultura global se trasladó de París a los estudios de Disney y la Warner.

Como se hace evidente, este artista ha transformado el espacio pictórico en un teatro de reflexiones en torno a la pintura y la Historia; su posición después de sumergirse hondamente en problemas de carácter pictórico, es un gesto humorístico del que él mismo no se salva. Ya en otro ensayo señalé que Lugo pertenece a la generación de artistas que más información visual ha tenido a su alcance y que al ser la reproducción fotográfica el lenguaje que nutre mayormente este cúmulo informativo, la visión incluso de la historia del arte se determina por ese lenguaje. La conciencia de este artista en torno a esta problemática, se hace patente cuando en su cuadro *La caza de Manet* (no incluido en este portafolios), coloca en un mismo plano obras clásicas del arte moderno, estampitas de personajes de caricatura, los seres fantásticos que ilustran un cuento de niños y el recorte de Charles Atlas de una tira cómica. No conforme con alinear estos iconos, Lugo agrega estampas de plástico, pinta detalles de los cuadros como si fueran recortes pegados con cinta adhesiva a la tela, es decir, alude a una cultura fragmentada y del *collage* que está dominando la escena del arte de nuestros tiempos, hoy que todos los artistas apelan a técnicas híbridas pero también a referentes múltiples. En muchos de sus cuadros

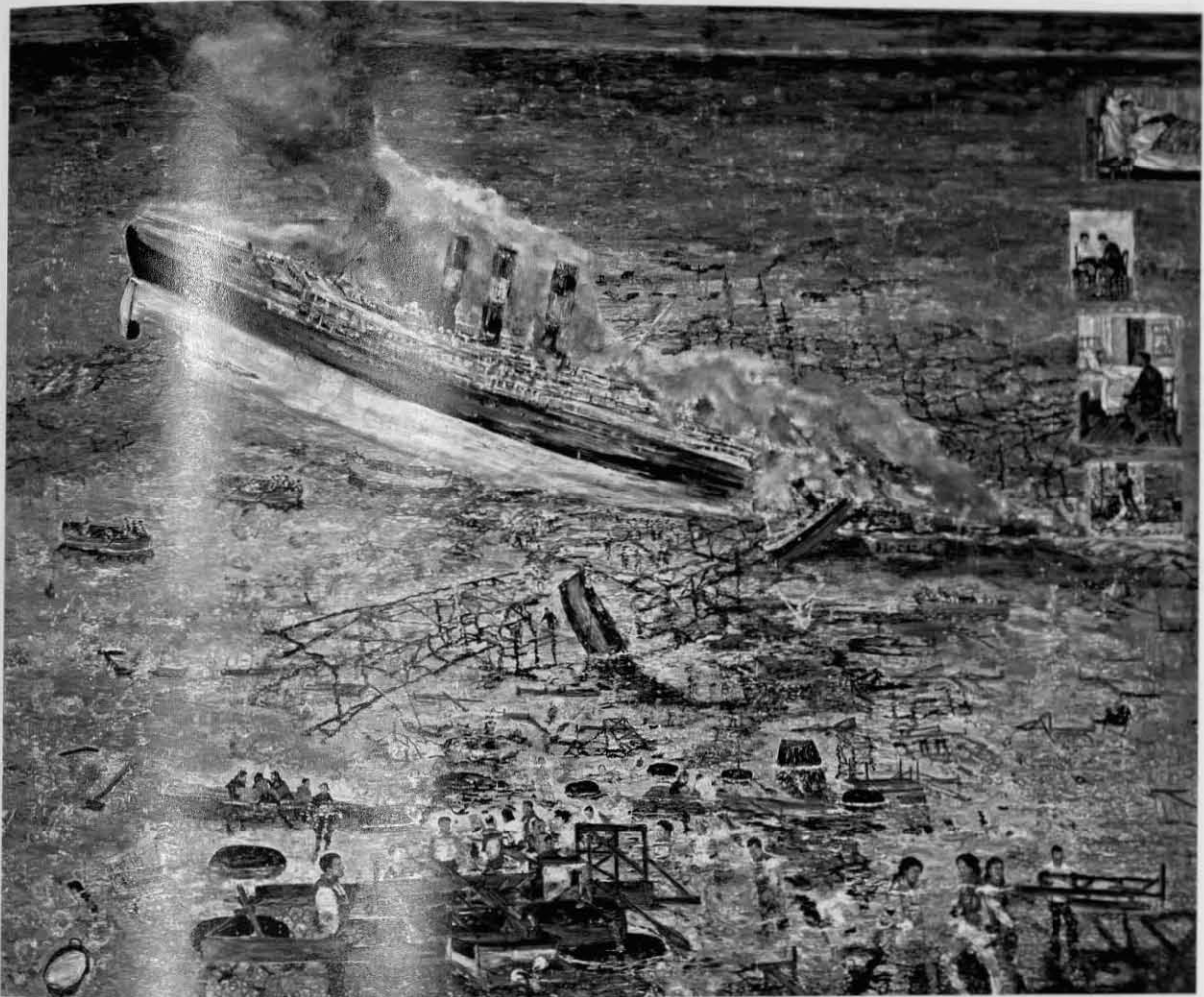


de alta factura pictórica, Lugo pega recortes o calcomanías, hace real uso del *collage*; en otros se limita a pintar algo como si estuviese clavado o pegado. En otras composiciones, dentro de una biblioteca o un museo aparecen, complejos andamiajes de estructuras de madera, puentes y máquinas fantásticas que parecen instalaciones dentro de los cuadros; y estas instalaciones, como ya he señalado en otro texto, son de las más interesantes del ámbito artístico mexicano.

Calavera con naturaleza muerta, 2001
Mixta-tela, 45 x 50 cm



La insistente aparición de las bibliotecas y museos como temas pictóricos, hablan también de las preocupaciones del artista en torno a los símbolos culturales de nuestras sociedades, en este caso, en los edificios depositarios de la cultura. Sin embargo, para Lugo esos espacios son sitios que trascienden sus dimensiones físicas, así como los cuadros y los libros son objetos que contienen más de lo que aparentan sus dimensiones materiales.



En su óleo titulado *El museo III*, convierte el espacio circular del Guggenheim de Nueva York, diseñado por Frank Lloyd Wright, en un lugar cuya planta baja se abre a un espacio fantástico que parece volverse la calle misma y que, al mismo tiempo, sirve de basamento para una estructura que alude a una torre de Babel posmoderna en construcción. Y es que formar parte de la Babel iconográfica que Lugo reproduce impresionantemente en los

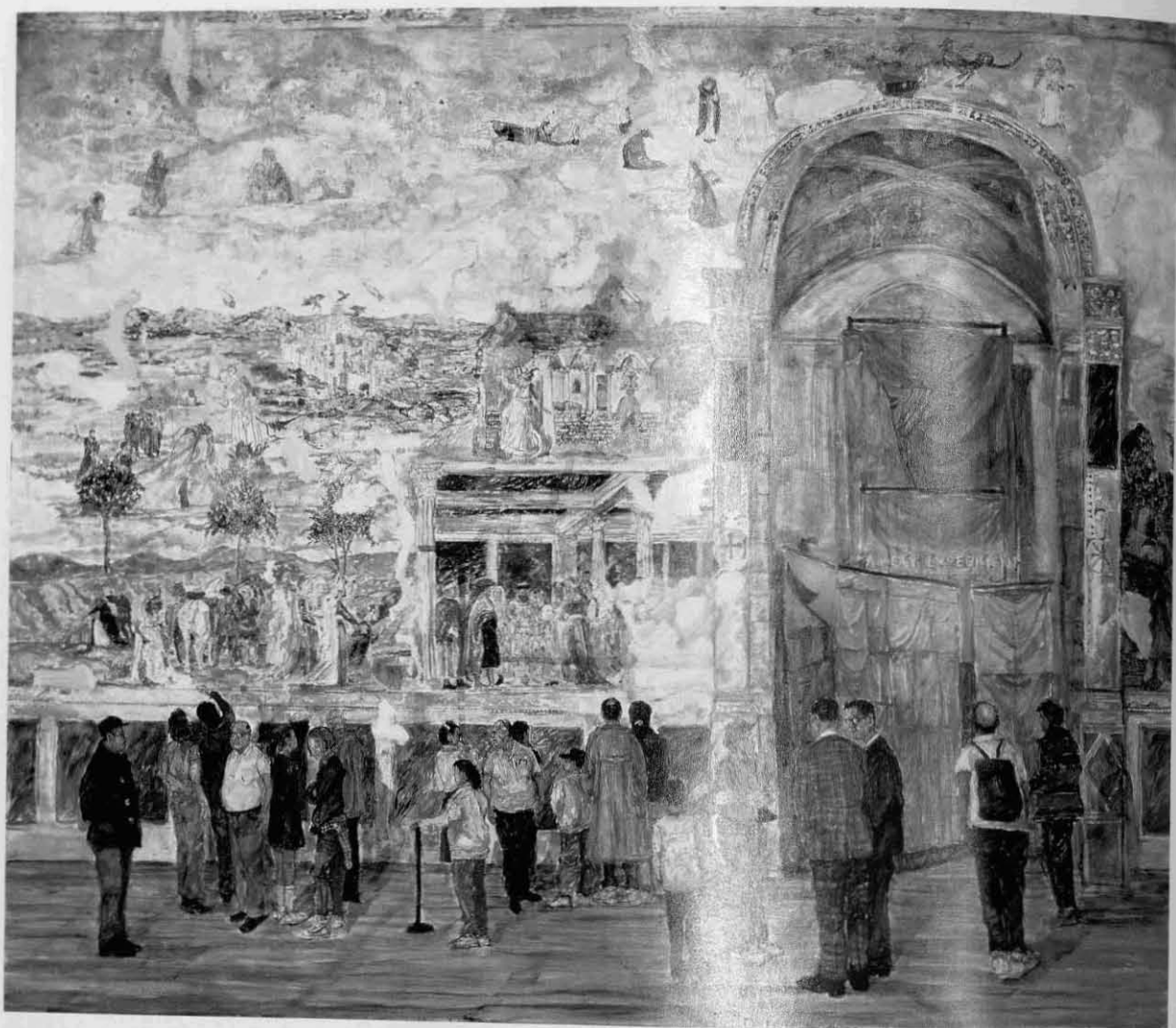


corredores del Guggenheim, en la que lo mismo reconocemos a Jasper Johns que a Francesco Clemente, es el símbolo del éxito más alto al que puede aspirar una artista contemporáneo y Lugo se burla de ello con maestría y en un lenguaje meditadamente estructurado que poetiza el espacio museístico a la vez que se ríe de la categorización del arte.

El cazador, 2001
Óleo s/tela, 45 x 50 cm



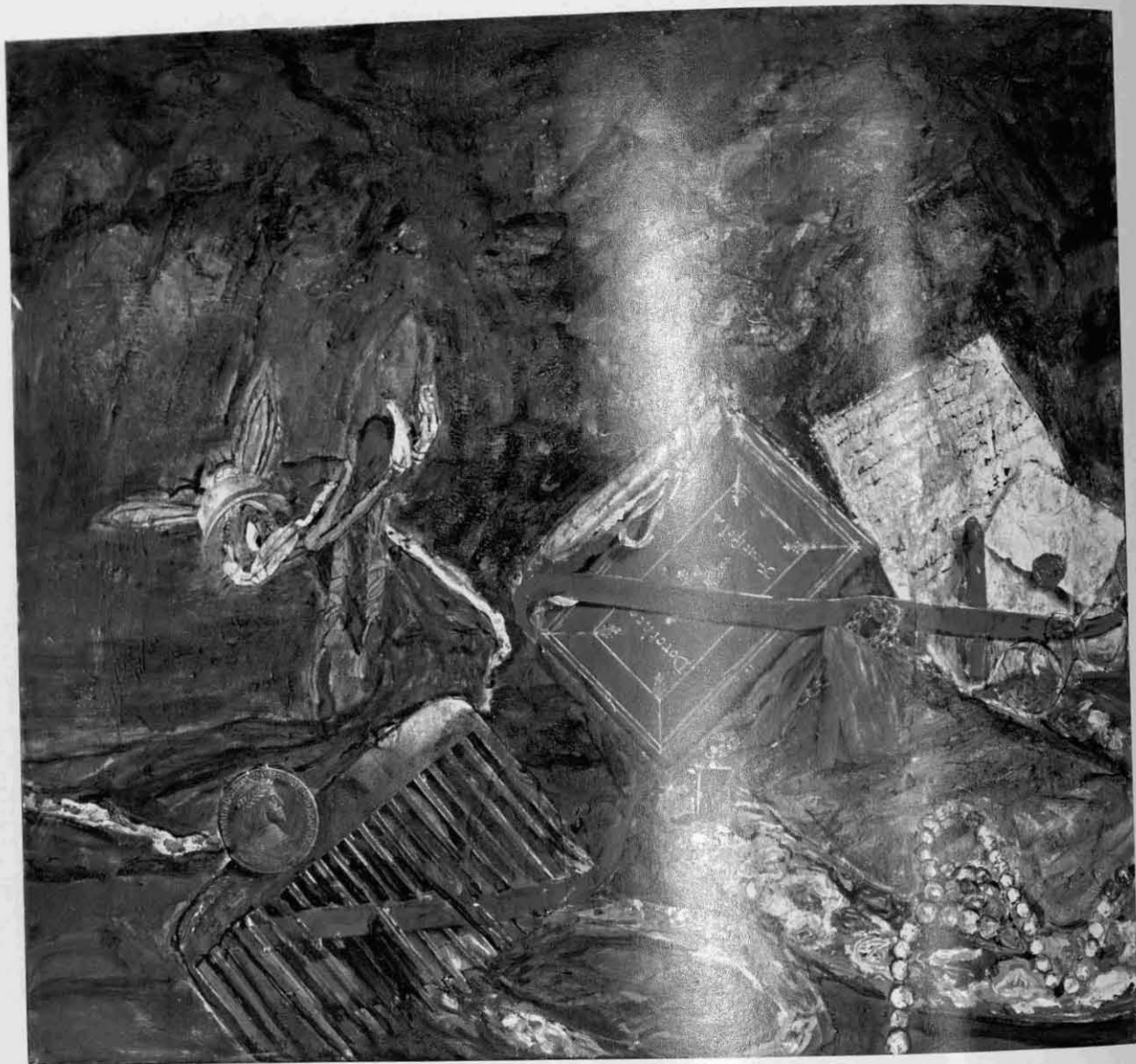
Las influencias de este artista son múltiples y no le interesa esconderlas, lo mismo vemos en un cuadro evocaciones de Brueghel el Viejo que de Anselm Kiefer; a menudo se da el lujo de pintar cuadros dentro de los cuadros lo que recuerda *Las Meninas* de Velázquez, al convertir el espacio pictórico en pinacoteca. Su trayectoria no es fulgurante, no tiene la fama de otros creadores de su generación, pero es porque se ha dedicado a



trabajar con los pinceles sobre la tela y no haciendo caravanas a curadores, directores de museos y críticos en los corredores oficiales de la cultura. Cuando estaba escribiendo este artículo, me enteré de que acaba de recibir uno de los premios de adquisición de la Bienal Rufino Tamayo, quizá el concurso de pintura más importante del país, y me alegré no porque estos cuadros necesiten de la aprobación mediática u oficial, sino porque



quizás eso abra las puertas para que un museo le proponga una exposición en la que por primera vez podamos ver reunidos unos cuarenta cuadros de su autoría, lo cual sería muy importante para un circuito repleto de seudopintores. De hecho, este portafolios de la revista *Universidad de México* es importante porque será la primera vez que una publicación cultural incluya entre sus páginas tantas reproducciones de Lugo, con lo cual

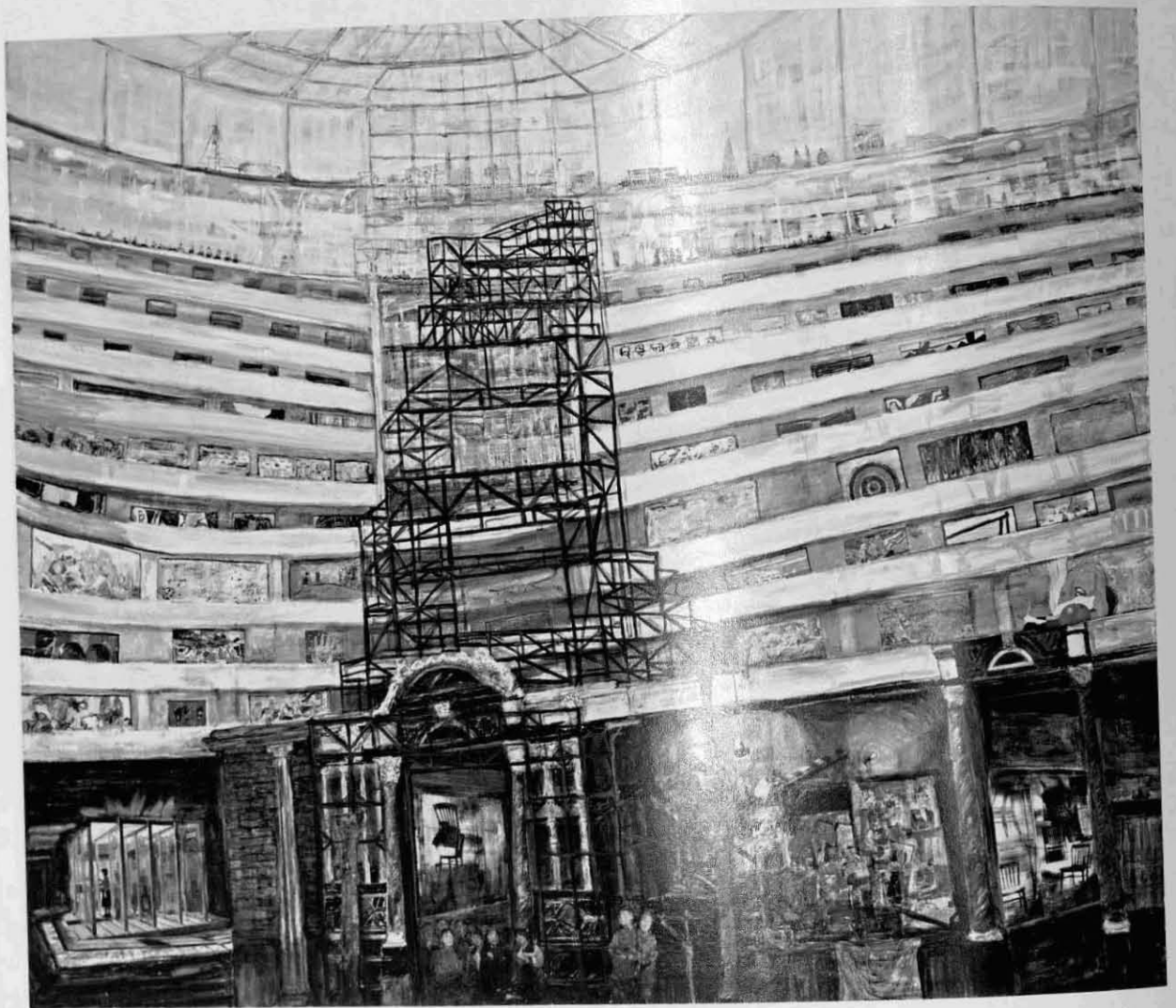


hace una pequeña exposición virtual para acercar al público la obra de uno de los pintores más interesantes del momento. Si el lector quisiera acercarse a algunos de sus trabajos, en el momento que aparezca este texto podrá visitar la exposición colectiva "Todas las líneas rectas del círculo" en la galería La Bodega Quetzalli de Oaxaca, donde comparte salas con otros de los pintores más destacados de su generación: Mauricio Cervantes, Fidel Figueroa, Heriberto Quesnel y Armando Romero.

La cueva de las vanidades, 2001
Mixta-tela, 45 x 50 cm



Naturaleza muerta con gato, 2002
Óleo-collage-cera-caobilla, 45 x 50 cm



El museo II, 2001
Mixta-tela-caobilla, 100 x 120 cm